

# LA DUDA

Jorge Medina



## Capítulo 1

Un hombre alto, cejijunto, con la carne de los pómulos pegada a los huesos, se detiene frente a la puerta de metal rojizo y levanta la mano para dar el golpe, pero se arrepiente. Saca el último cigarro que le queda en la caja al interior del bolsillo de la camisa y enciende un fósforo contra la pared grisácea y rugosa. Una llama diminuta surge, una llama débil que debe rodear con los dedos hasta acercarla a la punta del tabaco. Aspira profundamente y este acto voluntario se mezcla con un suspiro que aparece sin dar aviso, dejando escapar una gran bocanada de humo que se le planta en el rostro como una máscara de tristeza sobre el irrefutable aire de la duda. Decidido, levanta otra vez la mano y da dos golpes.

Casi al instante alguien abre.

—Buenas tardes, Antonio —saluda el visitante.

—Buenas, Horacio —responden desde adentro.

— ¿Sería excesivo si fumo en la casa del muerto?

—¡Que no estoy muerto hijodeputa! —grita una voz gangosa desde el fondo.

— ¡Pero qué oído! —se sorprende Horacio.

Antonio abre la puerta hasta quedar con la espalda recostada en la pared como si el delgado cuerpo de Horacio, repentinamente, se hinchara mediante alguna curiosa manifestación de la naturaleza. Hay una pausa provocada por el silencio del uno y la indecisión del otro (otra vez la indecisión, como si temiera) para dar el primer paso. El que sostiene la puerta interrumpe el ambiente enrarecido por el silencio, aclarando con intención claramente falsa:

—Siga, aquí lo extrañamos mucho.

—¿De verdad les hice falta? —pregunta el recién llegado ganándose poco a poco la confianza.

—Claro, siempre se extraña a los que se van sin despedirse.

Horacio levanta la pierna forrada con el pantalón de lino, negro y moteado, y al apoyarlo la baldosa rota cruje bajo su zapato descolorido. El otro pie le sigue el paso, con el empeine ligeramente vuelto hacia el interior.

—Será mejor apagar esto —dice, mirando el cigarrillo, y le da una chupada antes de inclinarse, con una mano en la cintura, para aplastarlo contra la baldosa sucia. —Hace falta una mujer en esta casa —sentencia mientras se levanta apretándose la espalda por el dolor. Saca el paquete del bolsillo y guarda lo que queda.

—Vos no cambiás esa manera de apagar el fuego —dice Antonio maliciosamente, clavando su mirada en el perfil agudo del otro.

—A esta edad ya no hay tiempo para cambiar de costumbres —asevera, mirando al fondo, hacia el patio, donde se irradia la única luz de la casa. Deja libre la bocanada.

—Y mirá que en otro tiempo no hubieras levantado la colilla, si hasta parecía que quisieras alfombrarlo todo de amarillo.

—Quedó más que la colilla, recién lo acabo de prender. Además lo hago por consideración al difunto.

La voz enferma y apagada se queja:

— Ya te dije que no estoy muerto hijodeputa.

—Si yo tampoco lo digo —responde Horacio sin elevar el tono.

— ¡Claro, vos nunca decís ni hacés nada!

— ¿Ves cómo me oye el viejo? —Pregunta, mirando por primera vez a los ojos de Antonio—. ¡Es imposible que no esté sordo de tanto gritar!

Antonio, sin pronunciar palabra, lo invita al cuarto del fondo con un gesto amplio de su mano derecha. El primero cierra la puerta, resignado, dispuesto por la circunstancia. El segundo cruza la sala lanzando una mirada inútil al cuarto de Antonio, al del niño, custodiados por una cortina compartida de color azul y oscura, contribuyendo con sus esquinas descoloridas por el polvo al ambiente desolado del lugar. Mira sobre su hombro izquierdo la pequeña pantalla con la protuberancia contra la pintura corroída de la pared y el lente contemplando la soledad del mueble largo. Al dar el último paso en el suelo de la sala confirma el desorden de platos y la humedad en el piso de la cocina. A la derecha el lavadero cuarteado y entre la base del cajón para el detergente y el piso hay una puertecita de angeo que impide que se salga la ausencia del corral. En la esquina derecha del patio, contra el muro posterior y el de la casa vecina, está la pieza erguida en el ladrillo sin repellar, resguardando al enfermo.

—Esta no es pieza para alguien con neumonía — se queja, mirando

fijamente el rostro amargo del hombre que le siguió los pasos.

El otro, sin esquivarle la mirada, le responde:

—Este no es el asunto que debo resolver, es cosa de don Pedro.

A Horacio lo entretiene la expresión. Es cosa de don Pedro, dice, después de tantos años viviendo juntos. Le sorprende la excesiva moderación del hombre, tan poco respaldada por el abandono de la casa, y se le escapa una sonrisa.

—No te quejés y pasá te aclaro las dudas —lo invita Pedro.

Horacio levanta la cortina verduzca y ordinaria y entra en la pieza del enfermo.

El otro queda recostado junto al umbral.

Adentro la oscuridad es mayor, apenas disimulada por la triste llama de una veladora sobre el armario contra la pared del fondo. Sólo logra ver la lucecita porque la claridad del patio lo dejó momentáneamente ciego. Sabe que junto al armario hay una silla mecedora y se acerca con cautela porque cinco años de ausencia le olvidaron las dimensiones de la pieza. Al sentarse ya puede ver el cuerpo del enfermo paralelo a la pared de la izquierda, cubierto hasta el cuello con una sábana blanca. Junto a la cabecera de la cama se mece la cortina con el escaso aire de las tres.

—Todavía huele al perfume de Yolanda.

—No sé si huele o lo imaginamos.

—O acaso somos nosotros que olemos a lo mismo, y a eso vengo, a que me responda.

—¿Quién te avisó?

—¿Qué estabas muerto?

—Muriéndome.

—Da lo mismo.

—¿Quién te avisó?

—Una nota por debajo de la puerta. ¿Sabés algo?

—No sé nada. Pero ya imaginaba que te ibas a enterar de alguna manera y tendrías que venir, porque te conozco y sé que algún día volverías para

resolverte la duda. Aunque ya conocés la respuesta necesitás oírla de mí, porque te persigue la esperanza.

—Respondeme de una vez.

Pedro saca una mano de entre la sábana y le muestra la palma para decirle que espere. —Antonio, entrá un momento. — El hombre levanta la cortina y se detiene debajo del umbral—. Andá al jardín por el niño, decile a la señora Luisa que hoy no vivo hasta las cuatro y necesito bendecir al nieto —suelta una carcajada interrumpida por una tos potente y dolorosa. Antonio sonríe, cómplice del descaro, y atraviesa el patio, la sala, y suena primero el pestillo de la puerta de la calle y luego el golpe al cerrarse, moderado.

—¿Qué le pasa al hombre? —Pregunta Horacio, sacando la cajetilla—. En otro tiempo no era tan callado.

—Le mataste a la mujer ¿qué querés?

Horacio se levanta de la silla y se acerca a la veladora para encender el cigarrillo. Alcanza a ver la sombra de su boca reflejada en el pequeño cuadro de la virgen. Regresa a la silla y se mece suavemente después de aclarar:

—La mató el niño.

Pedro resguarda la mano debajo de la sábana mientras dice con calma: —un niño que no era suyo —bruscamente saca ambos brazos y agitándolos le grita: —ile mataste la mujer, hijodeputa, le mataste la mujer!

—¿Pero vos no te sabés otro insulto? —se lleva el cigarrillo a la boca.

—¡Sabés que no es un insulto, sabés que nuestra vieja era una puta! ¡Dejá esa estúpida esperanza que tenés que yo no te encontré por coincidencia, te encontré porque te estaba buscando! Vos me contaste tu historia y yo me inventé la mía porque en tu historia decías que no te importaba buscar a tu madre y tampoco a tus hermanos. A mí nunca me interesó mi madre, pero vos sí, por alguna razón que se me escapa y de la que me alcanzo a arrepentir.

Horacio suelta otra bocanada, rápida, como un escupitajo de humo y detiene el movimiento de la silla.

—¡Por qué no me lo dijiste! Yo me hubiera ido.

—Por eso no te lo dije.

El que fuma habla con expresión dolorosa.

—¿Sabés dónde fue? Fue en la fiesta de los Méndez. Estábamos borrachos y el cuarto estaba oscuro. No prendimos la luz para que no nos descubrieran. Luego fue aquí, en la ducha, yo entré seguro de que no me iba a rechazar y ella se giró y me invitó a seguir y allí estaba la mancha, en la pierna izquierda estaba la mancha, salí aterrado y no volví. Era la misma mancha que te había visto en la pierna la noche que te envolví en la sábana húmeda para pararte la fiebre, y te dije que se parecía a la mía, y me dijiste que no era más que una coincidencia. Te creí, te creí porque me negaba a pensar en otra cosa, porque la coincidencia también era posible. Y resultó que los tres, éramos los tres.

Se lleva los codos a las piernas y la frente a las manos.

El enfermo lo mira con compasión. El tabaco humea entre dos dedos.

—¿Sabés qué dijo Antonio cuando vio que su hijo era tan negro?

Horacio no responde.

—Dijo: “ya me imaginaba que yo no era tan blanco”. Y el comentario nos hizo reír a pesar de la muerte de Yolanda, y ésa risa no era por la frase sino por el placer de la certeza.

De repente Horacio suelta una carcajada. “Ya me imaginaba que yo no era tan blanco”, repite en medio de la burla.

—Le mataste lo que más quería. Eso es lo más malparido del asunto, porque al fin y al cabo muchos habrán que se acuestan con la familia sin darse cuenta, y allí no hay ninguna culpa. Pero vos te la echaste a consciencia, viviendo en la misma casa del marido.

Mientras el enfermo hablaba con esa voz que se le pegaba a la garganta, Horacio fue despejando la risa poco a poco, como el que se niega a aceptar la culpa. Se inclina para aplastar el cigarrillo contra el suelo áspero de la pieza y guarda lo que queda en la cajetilla. Se echa hacia atrás y con el pie izquierdo se impulsa para mecerse suavemente.

Una corriente de aire penetra en la pieza, levantando la cortina por un instante.

—Esperá que traigan el niño para que lo veas. Es un poco adormilado pero se hace querer.

—Me parece que no lo voy a ver —responde Horacio, con la mirada clavada en la punta del zapato que se asoma junto al umbral.